

Desafíos políticos en la construcción de la Unidad Sudamericana

Carlos Piñeiro Iñiguez *

La pregunta en torno del socialismo del siglo xxi abre un escenario de interrogantes que permita recuperar nuestras experiencias históricas continentales y así evitar el vacío ideológico tan presente durante el neoliberalismo.

La idea que tenía para compartir con ustedes es un texto que escribí recientemente acerca del debate que se está dando en América Latina al respecto de una controversia fuerte entre una idea de la creación del pensamiento político nuevo que se ha titulado –lo habrán escuchado especialmente en boca del presidente venezolano Hugo Chávez– el *socialismo del siglo xxi*. ¿Qué significa realmente esto para los pueblos latinoamericanos o sudamericanos? Esto tiene que ver, con este debate entre políticas nacionales e imperiales. En definitiva, se debate qué capacidad o autonomía tiene una región como la sudamericana de tener una política propia o una construcción política propia en función de una política imperial.

Adelanto mi tesis para que vayan teniendo una idea al respecto. Unos lo han encaminado con la idea del socialismo del siglo xxi. Lo iremos viendo para entender de qué se trata, porque uno de los problemas que ha tenido América Latina es el exceso de *slogans*. Todo suena muy lindo, como frases del *marketing* publicitario, pero después hay que ver cómo se concreta y qué resultados objetivos tiene. Por otro lado, tenemos un riquísimo pensamiento que es el nacionalismo popular latinoamericano –para darle un nombre genérico y abarcativo– donde entran todas las experiencias latinoamericanas inclusive desde nuestra emancipación, pero que se centró especialmente en el siglo xx. Ahí tenemos la experiencia del varguismo en Brasil, la Revolución Mexicana, la Revolución Boliviana, el peronismo en la Argentina, algunas otras expresiones como el velazquismo en Ecuador, etc. Todo eso originó un pensamiento rico, sofisticado, contestatario y por eso también ha sido acallado tantas veces. No solo acallado, sino algo peor: tergiversado. Entonces se ha anulado como instrumento de cambio o de creación de conciencia que, en definitiva, es el objetivo de las ideas políticas.

Les aclaro que es bueno definirse cuando uno habla como intelectual. Porque si no pareciera que los intelectuales no hablaran desde una posición política. Soy una persona integrada al

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 129 a 140 de la edición en papel.

pensamiento peronista y le tengo poca simpatía al neoliberalismo. Quien haya leído un trabajo mío lo sabe porque queda bastante reflejado. Pero es bueno definirse para que todos tengan claro desde dónde se expresa uno, desde qué balcón desarrolla sus ideas.

Si hacemos una mirada a vuelo de pájaro sobre el mundo, tal como se está configurando en estos primeros años del siglo xxi, revela un giro notable. Se observa en varios países de Nuestramérica. Utilizo mucho el término de “Nuestramérica”, es un término que utilizaron Mariátegui, Ugarte, muchos personajes de América Latina. No recurrían a las palabras “América Latina”, “Latinoamericanismo”, “Iberoamérica”, que siempre ha dado mucho debate. La palabra “Nuestramérica” –la escribían siempre con mayúscula– era como una forma de reafirmar una identidad colectiva. Si en la última década del siglo pasado fuimos ejemplos de gobiernos y sociedades funcionales al neoliberalismo, en la actualidad, en cambio, quienes ejercen el poder del Estado y los nuevos bloques que encabezan la dinámica social regional, están queriendo imponer otro curso. Por reacción, lo que viven la mayoría de nuestros pueblos es el efecto de muchas tendencias simultáneas de sectores y clases que se oponen a esta matriz única para la organización social que pretendía imponer el ideario neoliberal. Resulta admirable que estos distintos rechazos al discurso neoliberal se den en sincronía, como una coincidencia temporal sólo equiparable a la que ocurrió hace casi dos siglos cuando comenzó todo el proceso de la emancipación.

En América Latina, con diversos matices, vemos que hay un fenómeno de sincronía política: un proceso nuevo en Chile, el caso de Uruguay, de Bolivia, de Ecuador –que es una experiencia sumamente compleja e interesante–, de Venezuela, de Argentina. Ese fenómeno de sincronía entre movimientos *populares* (para no entrar en detalles por ahora, pero para definirlos anticipadamente) no se había dado en Nuestramérica desde la emancipación. En aquel contexto histórico, entre 1809 y 1810-11, en dos años prácticamente se generó todo un movimiento de un ideario popular. En la actualidad, lo estamos repitiendo con matices –quiero remarcarlo– pero es un proceso bastante parecido. Esto es excepcional, porque entre nosotros la norma ha sido la sincronía. Cuando el liberalismo sufrió su mayor crisis histórica, con epicentro en el año 1930, los anticuerpos generados por nuestros pueblos para evitar esa disolución social, es decir, los movimientos nacionalistas populares, nacieron y se desarrollaron durante un periodo de tres décadas, aproximadamente, sin compartir sus capítulos de madurez. Cuando unos nacían o recién surgían, otros entraban en decadencia. En la región ha vuelto a hablarse de socialismo, socialismo del siglo xxi. Como dije, esto amerita un debate. ¿Qué quiero decir con asincronías? Tuvimos la Revolución Mexicana y teníamos un naciente fenómeno interesantísimo en Perú, la convergencia entre el marxismo e indigenismo a través de José Carlos Mariátegui. Pero eso no terminó de concretarse, luego aparece el aprismo que recién concreta sus posibilidades de gobierno muchos años después, cuando la Revolución

Mexicana había entrado en un proceso de burocratización. El peronismo es posterior, mientras que el varguismo había nacido antes que este. Cuando el peronismo y el varguismo quieren consolidar el nuevo abc, el varguismo entra en decadencia y termina con el suicidio de Vargas. En fin, no hubo un fenómeno conjunto, como parece haber, por lo menos, en Sudamérica.

Analizaremos el ideario socialista y también el fenómeno de Nuestramérica. Los males del sistema capitalista generaron distintas formas de oposición, retrógradas algunas y otras progresistas. Frente a ellas, o a otras representaciones similares del pasado y del futuro, el capitalismo asumía la realidad del presente histórico y prefería autodenominarse *modernidad*. Parte de la cual expresaba, en efecto, pero al pasar exhibía profundas grietas de barbarie. Este es un fenómeno interesante: el capitalismo, en esa brutalidad del propio sistema que le es inherente, trata de aminorar esos efectos negativos cobijándose desde hace muchos años en la palabra modernidad. Es algo que después el neoliberalismo adopta como receta para vender su producto. “Esto es lo moderno”, “este es el cambio”, el que no lo acepta está siempre en posiciones o nostálgicas o retrógradas. Pero había un señor que se llamaba Karl Marx –porque a veces es bueno recurrir a los viejos pensadores– que decía que si se quiere conocer la verdad del capitalismo hay que observarlo en las colonias, donde se pasea desnudo. Esto se inscribía en una tradición iniciada a comienzos del siglo xix de quienes reivindicaban otra posibilidad de ser de “lo moderno”, distinta de la cifrada en la dominación del capital. Esta tradición se llamó socialista y reconoció múltiples variantes, la principal fue, obviamente, el marxismo.

Cuando analizamos el fenómeno capitalista se muestra más moderno, más civilizado, en donde nace, en el centro, pero no en la periferia. La brutalidad del capitalismo se expresó en África, en la América antillana, en Centroamérica, en Sudamérica, en las colonias del lejano Oriente. Esto era lo que decía Marx: si queremos conocerlo realmente como es, hay que verlo en las colonias. En el centro, los beneficios de esa modernidad maquillaban la brutalidad del sistema. El apasionamiento que generó el socialismo marxista en tantos activistas y militares anticapitalistas seguramente no se debió a su ideario, tal como se podía expresar en el árido texto de *El Capital*, –creo no serán muchos los que lo hayan leído; yo no, apenas leí algunos resúmenes porque son muy áridos esos tres tomos–. Más bien se debía a unas fórmulas que menudeaban sí en un libro extremadamente popular que fue el *Manifiesto Comunista*. Al estilo de aquella, en la que ese barbado profeta de la vida nueva, que invitaba a los proletarios a tomar “el cielo por asalto”. Todas son frases muy románticas. Ahora bien, en la tarea de tomar el cielo por asalto (que alguna vez yo mismo intenté) tiene un costo muy alto. Todavía algunos países de Nuestramérica lo están lamentando o padeciendo.

Por eso, a veces, hay una diferencia muy grande entre el *slogan* político y la realidad política.

Haciendo una síntesis de interpretaciones (en realidad eso es el marxismo: economía británica

clásica, resabios de la revolución francesa, dialéctica hegeliana, etc.), el marxismo proclamó algunos principios que regirían a los partidos nacidos bajo su inspiración. El principal era sin duda considerar que la burguesía, madre de esa modernidad, se transformara en su enemiga. La sociedad moderna del futuro solo podía ser encabezada por la nueva clase que el capitalismo había engendrado: el proletariado, especialmente el proletariado industrial concentrado en las grandes ciudades. Es decir, como un fenómeno netamente urbano: urbanización, proletariado industrial, consolidación del pensamiento marxista. Era una visión focalizada en el proceso social europeo, obviamente, como una connotación etnocéntrica que el marxismo había tomado de Hegel. Es preciso recordar los escritos de Hegel, su pensamiento sobre lo que consideraba a ese mundo lejano e inhóspito que era “La América”, tal como la definía. Marginados de la historia moderna, los latinoamericanos deberíamos ser incorporados al influjo de las voluntades superiores siempre en un proceso de subordinación, ya sea a Gran Bretaña, en un principio, o a los Estados Unidos después. Así, pasaríamos a ocupar el único rol de subordinados que nos tenía reservado ese capitalismo internacional en la división mundial del trabajo. Se trataba del viejo dilema –el moderno dilema– de centro-periferia, que no fue superado hasta la actualidad. El lenguaje ha sido maquillado, ha sido adornado con muchas construcciones intelectuales pero continúa siendo la misma dicotomía.

Toda historia tiene sus paradojas. En la del socialismo, la más llamativa es que las ideas marxistas no se impusieron en los países industrializados de Europa, sino en aquel que Marx consideraba ejemplo de atraso y despotismo asiático: la Revolución Rusa sería el modelo real de otras experiencias durante el siglo xx que extendieron el socialismo por el mundo. La Revolución China, la Revolución Vietnamita, la Revolución Cubana fueron revueltas campesinas producidas siempre en regiones periféricas. El socialismo también libró sus batallas en los países centrales y efectivamente las perdió, pues el enemigo capitalista occidental proporcionaba a sus obreros un nivel de vida muy superior a los obreros socialistas. El régimen olvidó en el camino sus ideales redentores. Quien asumiera el significado del emblemático muro podía intuir muchos años antes, que el muro caería, o sea, la derrota. En esto hay que ser hiperrealistas. Nunca se vio que alguien quisiera escapar del reino de la felicidad, sin embargo todos querían saltar el muro de un lado a otro. No se daba el salto a la inversa, a pesar de que del otro lado estaban prometiendo el reino de la felicidad. Algo estaba fallando en la concepción del socialismo, por lo menos aplicado a los países centrales.

El paraíso que la Internacional había prometido en sus versos y los juramentos ante la tumba de su mentor en el cementerio de Highgate, (recuerdo, porque estudié en Inglaterra, que era casi un centro de peregrinaje ir a la tumba de Marx, que estaba en el cementerio más elegante de Londres) indicaban que el sistema estaba en realidad madurando su implosión. Esta visión es bastante crítica, pero es crítica desde este presente. Ante los sueños redentores de la

Revolución Rusa de 1917, no creo que pudiéramos decir esto mismo que decimos. Esta es la ventaja de hablar sesenta, setenta, ochenta años después.

Ahora veamos los nacionalismos populares latinoamericanos. El problema principal de las interpretaciones americanas del socialismo es que tuvieron que compartir con movimientos radicalizados en las antiguas tradiciones políticas de la emancipación, que anclaban en nuestra propia historia de las ideas. No obstante, cuando ciertos elementos de la realidad histórica fueron movilizados para progresar hacia un ideario socialmente igualitarista y promotor de la autonomía económica de cada país, con la utopía de construir o reconstruir la nación latinoamericana, las masas populares participaron en forma consciente de las empresas nacionales que les proponían. De la mano de nuestros característicos nacionalismos populares latinoamericanos, las distintas patrias de Nuestramérica vivieron sus mejores días. Este es un fenómeno interesante, porque parecía que estábamos ante una receta única: esa que nace en el pensamiento marxista y que luego toma algunas formas nacionales. Cuando vemos que en América Latina se proponen epopeyas como las que hemos vivido a lo largo del siglo xx, las masas conscientemente se pliegan a estos movimientos. Este es un fenómeno de la realidad objetiva. Tenían ese ideario más duro, confrontativo, que era el socialismo marxista y sin embargo, a consciencia, lo rechazan y optan por una experiencia nacional y popular latinoamericana anclada en tradiciones mucho más conocidas y propias, en clave o en idioma *entendible*.

Aún respondiendo a dos principios políticos sociales comunes, como fueron el de la soberanía nacional y el de la justicia social, los nacionalismos populares tuvieron muchos sesgos diferenciales. Hasta se dio el contrasentido de que no tuvieran relaciones entre sí. Eso, posiblemente, fue uno de los elementos que atentó contra su debilidad y la posibilidad de construir un proyecto conjunto. A veces no solo carecían de relaciones entre sí, sino que se combatían entre sí, o bien, se alentaba que se combatieran entre sí. Pero es posible establecer los paralelos y las influencias entre el aprismo peruano, el varguismo brasileño, el movimiento nacionalista revolucionario boliviano, el cardenismo mexicano (la Revolución Mexicana), el peronismo argentino, además de distinguir rasgos menos pronunciados de la misma tendencia, como dije antes, del ibañismo chileno, el velasquismo ecuatoriano, etc. Prácticamente estamos hablando de muchos países de Nuestramérica que optaron en un período de treinta años del siglo xx por el nacionalismo popular.

El denominador común fue la participación de las masas populares, que con estos movimientos y organizaciones hicieron su ingreso por primera vez en la vida política, adquiriendo ciudadanía social y proyectándose desde una identidad propia en la lucha; –hasta hoy inconclusa–, por la modernización de nuestros países. Esto es un tema central en toda la construcción del pensamiento político latinoamericano. Siempre estuvieron las masas presentes, nunca fue una actuación de intelectuales

aislados, de pensadores brillantes que tenían recetas brillantes y que las bajaban a esa sociedad, sino que había una interacción muy profunda entre pensadores, dirigencias políticas y masas actuantes. Esto es bastante diferente a lo que veníamos diciendo.

Sin embargo, esta herencia nacionalista popular, lejos de recibir una merecida reivindicación fue demonizada, incluso llegó a equipararse a movimientos de ultraderecha europea, fascismo, nazismo, etc. Todos sabemos el “San Benito” que carga el peronismo desde hace décadas; lo mismo que el varguismo brasileño. Aunque también hay que decir que en las décadas de los años 20 y 30, antes de la irrupción del nazismo, el fascismo era considerado un movimiento moderno que introducía la modernidad, que incorporaba un elemento técnico, el arte de vanguardia, entre otras cosas. También hay que ver siempre las influencias en el momento histórico preciso.

Por otra parte, en épocas más cercanas se llegó a decir que hubo un tiempo en que habríamos arribado al “fin de la historia”. ¿Se acuerdan lo que decía Francis Fukuyama? Ya no valía la pena escribir historia porque obviamente habíamos encontrado la receta mágica: la democracia demoliberal y el sistema neoliberal en la organización económica. Eso era lo que había optado el hombre y, por lo tanto, se condensaba en ese título tan rimbombante del “fin de la historia”. En pleno proceso de globalización, hablar de naciones y nacionalismo era, según cierto criterio académico y mediático, una verdadera antigüedad. Acá también se da otro fenómeno que padecen los pueblos latinoamericanos. Esa perversa asociación entre el mundo académico, el mundo del “pensamiento puro” y el mundo mediático. No sé quién alimenta a quién pero, a veces, el mundo mediático termina bastardeando el pensamiento académico –o los académicos se prestan fácilmente a eso–, la cuestión es que terminan siendo funcionales, unos y otros, a ese proceso de dominación. Cuando vino la entronización del neoliberalismo, en ese momento estudiaba en Estados Unidos. No entendía nada de lo que ahí pasaba, porque aparecían los *regonomics* –los economistas de la era Regan–, quienes con unas teorías que todos nos dábamos cuenta de que eran bastante antiguas desde el punto de vista del pensamiento teórico, estaban diciendo que eso era una única verdad. Después aparece Fukuyama dándole el complemento político y luego surge el Consenso de Washington. Se concreta ya el proceso final, donde se dice “bueno señores, esto se acabó”. Ahí vemos que medios y mundo académico interactuaron en forma combinada y la única víctima de todo eso fue la periferia –no el centro, que es el beneficiario del sistema– y, en la periferia, los movimientos populares.

Tal vez pudiera sospecharse que en este compacto rechazo por los nacionalismos populares, inclusive desde posiciones progresistas, se practica ese viejo truco de librar una batalla política en el terreno de la historia. En efecto, si se tiene un mediano control de las ideas que circulan, tanto en las academias como en los medios de comunicación, no hay dimensión temporal más fácil para modificar de la propia historia que el pasado. Si controlo el mundo académico y el mundo mediático, puedo transformar el pasado, puedo transformar la historia. La historia es otra y la vendo, dentro de

un complejo proceso de *marketing*, como diciendo “hasta ahora estuvieron siempre equivocados: esta es la verdad”. A veces, muchos agradecen que les cuenten esa nueva verdad y los saquen de esa ignorancia donde venían alimentándose durante treinta o cuarenta años. En este caso, además, la descalificación de los nacionalismos populares presenta una ventaja adicional: desvirtuar todo proceso transformador que estos pudieran tener sobre las relaciones socioeconómicas.

Habrán escuchado que los movimientos populares latinoamericanos, por ejemplo y lo veremos con el caso del peronismo, en realidad eran un maquillaje, que no cambiaban la relación socioeconómica de una sociedad. Esta misma crítica se hacía a todos los movimientos nacionalistas de América Latina. La Revolución Mexicana que se exaltaba en sus comienzos igualitarios, en los años 50 era criticada porque era un sistema burocrático, que el pri elegía con el dedo y que en realidad era prisionero de los sindicatos petroleros, entre otras cuestiones. Entonces, estamos ante una historia bastante repetida donde siempre lo académico se encuentra en combinación con lo mediático. La historia se modifica y las relaciones de dominación permanecen.

Para ir terminando veremos el caso argentino. Es de destacar que en el caso argentino, al menos el nacionalismo popular peronista –esta es una definición mía, en vez de llamarle movimiento justicialista le digo nacionalismo popular peronista–, llevó a formularse a sí mismo como una variante del socialismo. Comprensiblemente después se le adicionó el adjetivo “nacional”, así queda planteado el socialismo nacional como una especie de forma de la construcción de la utopía colectiva. La concepción de la idea socialista en la Argentina era previa al peronismo, pero se realizó con él. Este es un detalle importante.

Un socialista como Manuel Ugarte, a mediados del siglo xx, exaltaba su convicción de que el socialismo debía ser nacional, en oposición a ese estéril cosmopolitismo que nos querían exportar desde la metrópolis. No es casual que Ugarte termine siendo un colaborador del peronismo: fue embajador de Perón en México y en Cuba en los últimos años de su vida. Cuando en 1945 el grado de movilización de las masas peronistas requería su organización bajo las formas de un partido político, entre otras cosas para participar en las elecciones de 1946, Perón propuso que se tomara como ejemplo organizativo, y hasta cierto punto doctrinario, al partido socialista. Lo hizo contra lo que largamente se ha creído, porque la abrumadora mayoría de la vieja guardia sindical socialista se había pasado al movimiento nacionalista popular. Toda la dirigencia socialista, prácticamente en su totalidad salvo pequeños grupos, se incorporaron en forma masiva al peronismo.

El propio Perón explica, con su peculiar estilo, que “no nos inclinamos ni al capitalismo ni al comunismo”. Lo escuchamos muchas veces, pero comprendimos que la influencia de la evolución social en el mundo nos llevaba progresivamente hacia un movimiento de amplia base social y que no le quisimos poner a nuestro movimiento el nombre de socialismo, solamente porque no

queríamos “asustar a la gente”. Perón nunca se privó de las ironías. Otro intelectual muy comprometido con la causa popular que apoyó al peronismo –este año es el año de Scalabrini Ortiz– proponía en 1948 la formación de un comunismo nacional, y su interlocutor en todos estos debates intelectuales era nada menos que Hernández Arregui, otro hombre de origen yrigoyenista y luego un ferviente adherente al proyecto justicialista. Él sería el principal teórico de esta interpretación que planteaba una continuidad entre la experiencia nacional popular y un socialismo adaptado a nuestros países. John William Cooke, de cuya honestidad política e intelectual no puede dudarse, decía “el movimiento popular que atacó a la oligarquía y al imperialismo pasó a ser la izquierda”, por cuanto representaba las fuerzas del progreso nacional y de la independencia del extranjero. Fue una situación revolucionaria donde los esquemas teóricos no servían y ese papel pasó a ocuparlo el peronismo.

Me gusta citar a veces a algunos personajes que salen del mundo estrictamente intelectual, porque representan, a veces, la verdadera alma de nuestros pueblos. Encontré una opinión de Hugo del Carril, que era un hombre exterior al mundo estrictamente político, un hombre del arte, de la cultura popular, de una militancia insobornable, donde tiene una frase que me parece maravillosa. Dice: “el partido justicialista no deja de ser un partido socialista. Vale decir, los sueños de mi padre y de mi abuelo los cristalizó Perón. Entonces, ¿cómo puedo dejar de ser peronista?”. Entonces vemos cómo tenemos capacidad desde el movimiento nacional y popular de adoptar un ideario social progresista. Esta concepción socialista nacional a la que Perón hizo explícitas referencias durante su exilio, después se plasma a su regreso al poder en el año 1973 y algunas de esas ideas quedan reflejadas en el modelo nacional inconcluso que intentaba proponer a la sociedad argentina antes de que comenzara esa larga y triste noche que todos conocemos.

Tenemos planteados: la idea socialista, lo que piensan los movimientos nacionales populares y el caso argentino. La pregunta es ¿de qué socialismo estamos hablando? Aquellas formas del socialismo ligadas al nacionalismo popular conservan su vigencia programática y bien podrían construir el núcleo del socialismo del siglo xx. A modo de ejemplo, podemos resumir algunos aspectos esenciales de la doctrina que se nos propone, la del socialismo del siglo xxi, y compararlo con históricas reivindicaciones de los nacionalismos populares. El núcleo duro del llamado socialismo del siglo xxi habla de una valorización que establezca una supremacía del trabajo sobre el capital. Algo que en realidad no es nuevo, porque es la idea central del pensamiento social de la Iglesia Católica. Las encíclicas papales son bastante claras desde fines del siglo xix y principios del siglo xxi, coincidiendo exactamente con lo que decían los pensamientos latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx. Por ejemplo, Mariátegui, el joven Haya de la Torre o Carlos Montenegro en Bolivia.

También el socialismo del siglo xxi sostiene la idea de asignar una gran importancia a lo social y a la acción colectiva que se traduce en vigorosas organizaciones públicas y un Estado controlador y semiplanificador, por encima de los intereses individuales. Bueno, esto era lo que decía Haya de la Torre, la Revolución Mexicana de 1917 o los planes quinquenales del primer peronismo. No veo grandes diferencias. Otro punto particular del socialismo del siglo xxi es el aprecio otorgado a los bienes de uso con incidencias en el medioambiente. Una concepción que traducimos en “ecología”. Recuerdo que cuando tenía muchos años menos, escuchaba a Perón hablar de ecología y creía que era el desvarío de una persona mayor, porque ni sabía lo que era el tema, el significado de la palabra. Después uno lee un poquito más, se va enterando de las cosas y vemos ahora que hasta el concepto ecológico está consubstanciado con las ideas de nuestros pueblos originarios. Tampoco veo ahí algo novedoso. Para la doctrina del socialismo del siglo xxi resultan vitales tres definiciones: soberanía política, independencia económica e integración regional. Como bien sabemos, estas tres características han estado presentes siempre en el pensamiento latinoamericano y en el ideario del justicialismo. Finalmente, en Nuestramérica, “socialismo” es sinónimo de justicia social. Esa es la definición más simple: es decir, una meta mayúscula que determina la sintonía que deben regir los actos minúsculos y cotidianos del ejercicio del poder del Estado y de la movilización de una sociedad civil. Obviamente, este concepto es la piedra angular de la doctrina de todos los movimientos nacionales y populares de América Latina. Entonces, nosotros tenemos: soberanía política, independencia económica, integración regional, justicia social, conceptos ecológicos, supremacía del trabajo sobre el capital, el rol de un Estado planificador, centralizador, mediador del conflicto social, un rol activo, etc. Todo eso forma parte de nuestro bagaje político y cultural.

El peronismo reivindicó la independencia económica, la soberanía política y la justicia social, eran sus tres lemas. Alguien me dirá: “bueno, pero no hablaba de integración regional”. Les haré un acertijo, y les digo que he ganado muchas apuestas con esto, así que mejor que no se arriesguen. Había una vieja tradición en la Argentina que consistía en que cada presidente cuando asumía su mandato acuñaba una medalla conmemorativa donde inscribía la frase que guiaría su tarea de gobierno. Por ejemplo, Sarmiento puso en ella: “Educación y progreso”. Perón fue el último, en el año 1946, que mantuvo esa tradición. Sería interesante que alguien me pudiera decir qué hizo acuñar Perón. ¿Alguien tiene idea qué podría decir Perón en ella? ¿Qué idea central le gustaría exaltar a Perón en una pequeña frase? Supongo que algunos estarán pensando en los temas de justicia social, de los trabajadores o el rol del trabajo, que era piedra angular en su discurso. Pues no, la frase que eligió Perón es: “Argentina. Con América para el mundo”. Es decir, Mercosur, Unasur, el discurso actual de hoy, Perón lo había visto como meta de su gobierno en el año 1946. Es un tema realmente que merece ser exaltado, porque hasta ahora nadie acertó: todos han pensado en trabajo, en justicia social. Era la integración regional.

Para ir cerrando. Hay un gran músico y poeta, diría poeta y músico, en ese orden, que todos deben conocer, el americano Lou Reed, que tiene una canción que dice que *con los slogans los sueños huyen*. Esto tiene una aplicación política para el presente. Porque las alternativas doctrinarias descritas hasta ahora están vivas y fueron fundadas en prácticas sociales propias imbricadas en nuestra historia. Resulta preocupante que se apele a una etiqueta socialista abstracta y que quienes lo hacen, requeridos a veces de mayores precisiones, hayan cambiado que el socialismo *del* siglo xxi es el socialismo *en* el siglo xxi. Hay una gran diferencia entre el *del* y el *en*. Creo, y no quiero ser extremadamente duro, que es una falta de imaginación en la guía de esta propuesta, como también un escaso vuelo teórico y ausencia de ideas innovadoras que puede llegar a generar un gran equívoco.

Hablar de socialismo *en* el siglo xxi despierta ineludibles ideas con respecto al siglo xxi que fueron puestas en práctica en el siglo xx –que ya sabemos cómo terminaron- bajo el llamado “realismo socialista” o “socialismo real”. Debería evaluarse cómo resultó esa experiencia histórica antes de echar a correr en esta tierra nuestra (cuando digo tierra nuestra estoy hablando, como dije, de Nuestramérica) una desilusión que calificaría de “desangelada”, como es la del socialismo *en* el siglo xxi, porque hay un gigantesco patrimonio de pasión y esperanza que no puede ser malgastado dado que es de muy difícil reposición. Este no es un tema menor, porque llevamos más de doscientos años de lucha desde la emancipación hasta hoy, y no de victorias, *de lucha*, con derrotas que nos han costado mucho. Pero la pasión transformadora de Nuestramérica está, creo, intacta. La ilusión de crear esa patria común sigue vigente. Hemos tenido en las últimas cuatro o cinco décadas experiencias muy tristes y esa esperanza no puede ser malgastada nuevamente.

La imposición de ese ideario neoliberal, con todo lo burdo y mentiroso que en realidad es, fue posible porque encontró a nuestros pueblos en una situación de derrota, carentes de fe en sus propias ideas y en sus prácticas. El neoliberalismo se impone porque dijeron: “miren señores, todo lo que vienen pensando ustedes desde hace 150 años no sirve para nada. Estuvieron equivocados, nosotros venimos a traerles la buena nueva, que es esto”. Se aceptó una contingencia que se presentaba como modernizadora, aunque los neoliberales ni siquiera cumplieron con la innovación prometida. No muy distinta puede resultar la experiencia del socialismo en el siglo xxi: embarcarse en una aventura que ya ha sido jugada y fracasada, puede conducir nuevamente a nuestras juventudes a la decepción que antecede al vacío de la *praxis* política. Esto me parece que es vital: si no hay *praxis* política se genera un vacío político e intelectual y se transforma en tierra fértil para aplicar cualquier experimento.

Nunca debiera olvidarse que en épocas de vacío ideológico, todo fracaso, toda derrota, pasa rápidamente de ser un retroceso táctico a transformarse en una derrota estratégica. Hasta ahora lo hemos llevado bastante bien, pero no sé cuánto resto de pasión, como decía antes, nos puede

quedar. Es un tema que debemos cuidar con mucho detalle. Evitar el vacío ideológico y el vacío de la praxis política, para que cualquier contingencia adversa no se transforme en una derrota estratégica y esto quede como tierra fértil para cualquier tipo de experimento, como hemos visto en estas últimas décadas.

Tampoco creo que haya que volver a prácticas teológicas. Ustedes saben que fui estudiante de teología. Hay un pensador muy importante, George Steiner, que escribió un libro que se llama *Nostalgia del absoluto* y tiene una tesis muy interesante. Dice que las grandes ideas totalizadoras del siglo xxi han fracasado. Fracaso el marxismo, el estructuralismo, el psicoanálisis porque eran ideas que a través de ventanas individuales querían dar una explicación global a todos los problemas de una sociedad. Se genera en el hombre una nostalgia por lo absoluto en esas ideas de tipo teológicas que encuentra el hombre, y cierto remanso a tanto fracaso intelectual que propuso el siglo xx. Cuando analizamos este siglo, desde el punto de vista de las ideas políticas, imagínense la “gran esperanza” que fue el fascismo: terminó en una hecatombe. Después aparece el marxismo, miren como terminó. El psicoanálisis, el estructuralismo, como dice Steiner, todas ideas de complejísima construcción intelectual pareciera que no alcanzan para explicar la realidad.

Posiblemente creo que la matriz de todo esto fue lo que vengo diciendo: como son construcciones intelectuales artificiosas, hechas desde la academia, ajenas a la experiencia de los pueblos, no funcionan. Las hacen los intelectuales, la bajan a la realidad y fracasan, porque los pueblos no quieren eso, porque tienen una historia propia. Cuando a los pueblos se les presenta una alternativa transformadora, las masas se suman a esa *praxis* política de forma inmediata. No se necesitan grandes inventos: se necesita dar una receta creativa, imbricada en la propia tradición y en la propia historia, no en experiencias académicas ajenas.

Por último, diría que en esta hora es imponderable el costo de otro desengaño en términos de verdadero capital: la esperanza de los hombres y las mujeres jóvenes de Nuestramérica no soportaría otro fracaso ideológico profundo. Nunca es segura la victoria, pero hay caminos que parecen garantizar el fracaso, a esos habría que evitarlos. Si se pierde la partida, en todo caso, sería bueno que fuera en nombre de ideas nuevas que se inserten por lo menos en nuestra mejor tradición, la de nuestros años más felices, y no en nombre de una ilusión, ya apagada, que a las jóvenes generaciones les resulta totalmente ajena. Estas eran las ideas centrales que quería compartir, no solo, hablar del socialismo *en o del* siglo xxi. Era la excusa para poner sobre la mesa la otra alternativa que es el pensamiento nuestro, el pensamiento propio, de nuestros grandes maestros, que es el nacionalismo popular latinoamericano y verlo a la luz de los desafíos que actualmente tiene Nuestramérica. Antes de venir para aquí, hablábamos que también tenemos que decir que nuestras aspiraciones se han hecho cada vez más modestas. En los años 70, podríamos irnos también un poco más atrás, se hablaba de Latinoamérica. Eso se empezó a dejar de lado: hoy ya nos conformamos

con Sudamérica. Va achicándose nuestro espacio. El desafío está vigente y es necesario encontrar una receta efectiva y propia que necesariamente tiene que estar anclada en nuestra experiencia política en la enseñanza de nuestros maestros y en nuestra propia historia.

Nota

Este texto reproduce la disertación que Carlos Piñeiro Iñiguez presentó el 28 de agosto de 2009, durante el Segundo Encuentro de Pensamiento Político realizado en el Salón René Favaloro del Jockey Club de la ciudad de La Plata.

** Embajador argentino en la República de Ecuador. Ha escrito varios libros, entre los que se destacan: Perón: la construcción de un ideario; Ideas, utopía y destino; Pensadores latinoamericanos del siglo XX: ideas, utopía y destino; Desde el corazón de América: el pensamiento boliviano en el siglo XX; Pensamiento equinoccial: seis ensayos sobre la nación; Hernández Arregui intelectual peronista: pensar el nacionalismo.*

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 129 a 140 de la edición en papel.